

MicroQuijotes. Editado por Juan Armando Epple. Barcelona: Thule Ediciones, 2005

María Mizzi
University of Georgia

MicroQuijotes es una selección de micro-cuentos de autores latinoamericanos y españoles que giran en torno al tema, personajes y diversos aspectos textuales de la novela de Cervantes. Pero esta recopilación no se circunscribe estrictamente al ámbito del homenaje al que el mundo de la cultura se suma este año. El libro también constituye un paseo por los orígenes y la evolución de este género que tan sólo recientemente ha encontrado el reconocimiento y la atención de la crítica. Juan Armando Epple ya había editado en 1990, en la Colección Ensayo de la Editorial Mosquito Comunicaciones, otra antología de micro-cuentos titulada *Brevísima relación*. En ésta, Epple recoge y agrupa por temáticas los micro-cuentos de más de una treintena de escritores.¹ Ya entonces el antologador apuntaba las líneas generales que definían el género y lo diferenciaban del cuento tradicional: la presencia de una situación narrativa única reducida al mínimo posible. Por otra parte, también señala hacia los orígenes e influencias que han intervenido en la evolución del género, entre las que se encuentran las “greguerías” y las exploraciones vanguardistas deudoras de la anti-poesía. Hace ya quince años Epple manifestaba en este prólogo el interés y la difusión que merecía el micro-cuento. Y parece que desde entonces el atractivo que ha suscitado esta nueva forma narrativa ha ido en aumento, a juzgar por las aportaciones investigadoras que Epple reúne en el prólogo de *MicroQuijotes*, especialmente las de David Langmanovich y Lauro Zavala a propósito de las características del género, características que se aprecian ahora más definidas y numerosas, más allá de lo que indicaba Epple hace quince años. Entre ellas se especifica que un micro-cuento se apoya en mecanismos de alusión, intertextualidad y en su condición metaliteraria y transgenérica.

MicroQuijotes agrupa temáticamente micro-cuentos que inspirados en la novela cervantina se han venido escribiendo desde los albores del siglo pasado. Así, los cuentos están ordenados cronológicamente empezando por Rubén Darío, que nos presenta a un sorprendente Quijote nacionalista enmarcado en el contexto de la Guerra de Cuba, pasando por Borges, Denevi o Augusto Monterroso, hasta los escritores más recientes, como Pía Barros, Luis Correa-Díaz o Lilian Elphick (cuyos cuentos se publican por primera vez en este volumen), el género va tomando carta de naturaleza a medida que se plantea como reflexión metaliteraria. Y es que estos micro-cuentos sorprenden a la vez que desafían el concepto tradicional de obra literaria prosística, por el cual ésta debe tener al menos cierta consistencia material en términos de longitud. Sin embargo, podemos encontrar en esta selección, micro-cuentos tan breves como una sola línea, otros en los cuales el título es más largo que el contenido...Son los deudores de la “greguería” y de la literatura más vanguardista. Todo ello sugiere un sinfín de planteamientos acerca de la verdadera naturaleza de la literatura, la que se enfatiza sobre todo su carácter lúdico, pues muchos de ellos se distinguen por su tono de parodia, componente fundamental del micro-cuento contemporáneo que constituye una celebración de discursos literarios ya consagrados por la tradición mediante un giro humorístico. Por otra parte, la brevedad y

concisión definatorios del género nos recuerdan que en literatura es más importante lo que se implica que lo que se dice, hasta el punto de que las implicaciones son tan numerosas en un mismo texto que estas obritas nos demuestran que el significado único, último y definitivo de una obra literaria no es más que un mito. Por tanto, se entiende que el género se entregue a hacer desvanecer las fronteras que limitan el objeto literario, de manera que la esencia de estos micro-relatos nace de los ejercicios interpretativos de sus autores a partir de un macro-texto que es el *Quijote*. Hemos mencionado a Borges anteriormente (del cual esta selección incluye tres micro-textos) y si podemos reconocer a este autor como el maestro de la conjetura, también podemos afirmar que los restantes autores comparten con él el arte de la conjetura, ya que en muchas ocasiones los autores le siguen el juego narratológico a Cervantes en cuanto a la autoría del libro: ¿y si fuera Cide Hamete Benengeli realmente el autor de las aventuras del ingenioso hidalgo? ... En muchas ocasiones, estas obritas parecen nacer de este tipo de suposiciones: ¿y si en realidad hubiera existido Dulcinea?, ¿y si fuera Sancho el verdadero autor?... Este tipo de posibilidades son las que podemos encontrar en “¿Qué te parece, Zoraida?” de Armando José Sequera, o en “Máquina del tiempo” de Ana María Shua.

Además, el mismo Epple en el prólogo indaga el motivo por el cual la obra cervantina ha servido de inspiración a tantos micro-cuentistas. En efecto, si el *Quijote* marca un antes y un después en la historia de la producción novelística, resulta coherente que estos autores recojan en sus micro-cuentos, que son en definitiva una nueva manera de escribir y de concebir la escritura, tan nueva como en su día lo fue la novela de Cervantes, muchos de los planteamientos metaliterarios que este último esboza en su novela. Como ya hemos mencionado, es de especial predilección la problemática de la autoría, que se convierte en tema central de muchos de estos textos. Pero de ahí también se pasa a convertir al autor en personaje de la novela (el mismo juego que hizo el propio Cervantes), de modo que la creación del libro, como toda génesis, se convierte en algo misterioso. Si como dice Borges en uno de sus micro-textos en el principio de la literatura está el mito y en el fin también, la escritura y el escritor se mitifican, de modo que se produce un desplazamiento desde las categorías “autor” y “libro” hasta la categoría “mito”. De ahí que surja Cervantes en su aspecto más ficticio e irreal, como una instancia tan unida a su creación que ha acabado por identificarse en una especie de síntesis con ella. Aspectos todos ellos que podemos hallar, por ejemplo, en uno de los micro-cuentos más breves del libro: “Cervantes”, de José de la Colina, el que simplemente dice así: “En sueños, su mano tullida escribía el *Antiquijote*.” (36)

Pero éste no es el único tipo de desplazamiento que se opera en los micro-cuentos. También prevalece un sentido transhistórico que permite ubicar a los personajes (y la obra) en contextos más contemporáneos y explorar actitudes modernas en ellos, básicamente el cambio a los ideales materialistas que imperan en nuestro mundo actual (“Don Quijote 2005” de Diego Muñoz Valenzuela) En otras palabras, caracterizar a los personajes de la novela en base a conductas modernas proporciona la posibilidad de adentrarse en lo más humano de Don Quijote, Dulcinea, Sancho y hasta en la misma Teresa Panza en “Realismo femenino” de Marco Denevi.

Al fin y al cabo se trata de la disyuntiva entre lo histórico, lo real, y la invención, lo ficticio, lo perteneciente al ámbito literario, clasificaciones que Cervantes no gustaba mezclar para mostrar en definitiva que la literatura es ilusión. Sin embargo, nuestros autores contemporáneos se deleitan en mezclar ambas categorizaciones de

manera que se ensalza al autor como personaje ficticio, y en cuanto a sus personajes, alguno de ellos escapa de su condición ficticia para convertirse en sujetos históricos, como la posibilidad de que Sancho fuera el auténtico autor del *Quijote* en “En un lugar de La Mancha” de José Emilio Pacheco.

Si la novela de Cervantes es un libro sobre el lector de libros por excelencia, los *MicroQuijotes* son las obras de esos desocupados lectores a los que Cervantes hace referencia en su famoso prólogo, y que como lectores previos al oficio de escritor investigan también, cuando ya asumen este último rol, al lector, o sea a sí mismo, como instancia necesaria del proceso literario, y que a menudo en los micro-textos aparece en diálogo continuo, a veces desafiante, con la obra maestra. Ninguno de ellos es un lector ideal. Es el escritor chileno Andrés Gallardo, de quien se incluyen varios textos que funcionan interconectados, el que se especializa en la temática del lector: algunos dedican su vida a memorizar la novela hasta la muerte, otros deciden que es el único libro que van a leer, otros, finalmente, lo reservan como lectura póstuma.

Para terminar, hemos de considerar este volumen antológico de micro-relatos como un paso más en la creciente valoración que por parte de lectores y crítica está adquiriendo este género: un género que nos obliga a leer de forma diferente, menos pasiva, y que nos dice mucho sobre los hábitos de lectura actuales. Hay que recordar que habitamos en un mundo en el que imperan los objetos culturales fragmentarios y el micro-cuento sería un buen ejemplo de ello a nivel literario-epistemológico.

¹ Y en el 2002, bajo el sello Cuarto Propio (Santiago, Chile), apareció su antología *Cien microcuentos chilenos*. Epple es autor de una colección de sus propios micro-relatos, titulada *Con tinta sangre* (Barcelona: Thule Ediciones, 2005).